

89,660.5
A 93
C 5
1880



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

PROLOGO.

I.

De todas las cualidades que mis buenos amigos me conceden, y de las que en el fondo de mi conciencia, entre esos actos de amor propio que el hombre menos inmodesto tiene á solas yo me atribuyo, una no mas me atrevo á confesar ante el público.

Esta cualidad, que no fundo en mi inteligencia, sinó en mi instinto, no es muy grande que digamos; pero sí es muy segura, y tiene algo de parecido con la tan misteriosa de los perros de caza, consistente en la *muestra*.

La creencia firme que tengo en esta propiedad va envuelta entre mis propios recuerdos, formando el verdadero proceso de mis convicciones.

Niño, muy niño aún, y ensimismado en todas las ignorancias, sin saber por qué deleitábame la vista de ciertos cuadros, halagaban mi oído determinadas cadencias, y mi ánimo se embestia en la lectura de contados libros.

Ni cuadros, ni música, ni escritos eran para mí mas que sensaciones externas, producto de impresiones fortuitas, en que una tendencia, por decirlo así, innata en mi persona, formaba la fuerza de arrastre de mi voluntad y de mi espíritu.

Mas tarde, cuando llegó á mi inteligencia la

noticia de ciertas cosas y pude clasificar las obras de arte que de una manera contingente habian herido mis gustos y pude unir á cada obra el nombre de su creador, averigüé que jamás me gustó pintor que no hubiera sido célebre, músico que no fuera admirado, ni escritor cuyo nombre no repitiera la eterna trompeta de la fama.

La edad, el estudio y el trabajo quizá hayan perturbado algo esta seguridad de mi instinto, que inmodestamente proclamo, pero me confirmo en tal aseveracion, al recordar los nombres de oscuros compañeros míos que durante toda su vida, ó una larga parte de ella, pasaron desconocidos entre la multitud contemporánea, y á quienes, sin embargo, yo dedicaba admiracion secreta, admiracion que, junto á sus tumbas, ó al par que vivian, ha pasado hoy á ser contagiosa á los demás.

Grilo no habia hecho mas que una poesía cuando le dí á conocer en *El Contemporáneo*. El, con su génio, ha justificado despues si fui ó no un inteligente *pachon* de sus prodigiosas facultades poéticas.

Jamás dejé de admirar á Becquer en su vida. La muerte apagó con un soplo la llama potente de aquel génio, cuyos débiles relámpagos hánle otorgado en poco tiempo puesto en la posteridad, y estruendosos aplausos entre los que no supieron que habia vivido sinó cuando ya estaba muerto.

Cuatro versos que oí á Monroy, en un café, hicieronme su expositor instantáneo en un folletin de periódico, y su admirador siempre.

Estos continuados triunfos de los demás, han hecho agigantarse en mi alma un amor propio terrible.

Si la inteligencia tuviera parte en él, no la

modestia, sinó mi reconocida ignorancia, haríame callarlo, como vanidad ridícula de mi ofuscada soberbia.

Pero ¿qué clase de mérito tiene un arpa, que olvidada en oscuro rincon, al vibrar lejos las cuerdas de otro instrumento igual, movidas por inteligente mano, siente agitarse y sonar las suyas, para repetir, de cuando en cuando, y sin llegar á formar melodía aparente, alguna que otra nota de las que constituyen la no interrumpida armonía del arpa distante?

II.

Mientras duraron las discusiones del Parlamento, apenas visité la redaccion de Los DEBATES.

Durante mi ausencia reformóse aquella redaccion varias veces.

Confieso que nunca dejo de mirar con irresistible curiosidad y espontánea ternura á todo jóven que pretende entrar en la redaccion de un periódico. Pero si el jóven, al solicitar su plaza, declara antes que no entiende aún nada de política y quiere dedicarse á tareas literarias, entonces, cariño y ternura se mezclan con una compasion gratuita ó con una desconfianza cervical.

¡He visto tantos grandes escritores perderse entre artículos de fondo, y he contemplado tantos pretendidos génios detenerse impotentes al querer escribir una gacetilla!

Sin embargo, siempre concluyo por declarar-me partidario á ciegas del novel escritor, hasta que su marcada pereza, insuficiencia probada ó falta de idoneidad absoluta vienen á convencerme de que mi protegido no sirve para el caso.

Entonces una lástima terrible se apodera de mí. Si de los que realmente valen son pocos los que llegan á la meta de la fama, ¡infeliz de aquel que, obstinado en ser escritor, se empeña en serlo, sin condiciones para ello! ¡Eterno Sísifo de sus impotencias, creará ver toda su vida, en la envidia de los demás, las consecuencias de sus vanos y estériles deseos!

Pero, en cambio, cuando con mirada tímida, con balbuciente lábio, con sonrisa callada ó con tristeza incógnita, producto quizá de la nostalgia de la gloria, veo un jóven, recién salido de la Universidad, ocupar humilde el sitio mismo que yo ocupé hace veinte años en una redacción de periódico, y cuando, despues de varios días de inútiles tentativas, cuyos tropiezos han sido mas bien las interiores modestias del escritor, que su torpeza, creo entrever de pronto en una gacetilla, en un suelto, en un artículo, un fulgor de *eso* que no enseñan los retóricos, que no se aprende en ningún libro, y que sólo brota al lanzar sus eléctricas chispas la pila misteriosa formada por el espíritu y la materia, *par* divino, de que es pálida copia el *par* de zinc y cobre que estremeció las manos de Volta, entonces acuden en tropel á mi ánimo aquellos días de mi triste pubertad, en que solo y abandonado llegué á Madrid, inquieto como los pájaros, confiado como los niños, poeta como los cándidos, soñador como los locos, y con tales recuerdos, vuelven á aparecer los días oscuros en que, cual la roca á Moisés, esperaba yo que alguien, tocándome con la varita mágica de los adivinos, hiciera salir de mi alma, que no se atrevía á volar, asustada, el tesoro de mis fantasías, el venero de mis aptitudes, la fuente de mis espontaneidades, cualidades todas que,

contenidas por la imposibilidad de la imitación, por el temor á una reprimenda ó por el estigma de mi inutilidad sorprendida, sólo se atrevían á tomar cuerpo en los versos á mis novias, en las cartas á mis amigos, ó en alguna apreciación rápida y espontánea, tan pronto hecha como olvidada, de miedo á que fuera un disparate.

Yo no encontré mentor, yo no encontré guía, y el público, sólo el público, fué el que comenzó á decirme «atrévete;» y desde entonces, aunque mal, me he venido atreviendo.

Recordando todo eso, sintiendo todo eso, mas que á poeta, mas que á literato, mas que á periodista, me he dedicado siempre á la busca de gentes que *sirvan*, tornándome en un Mecenas de ocasión, ya que, ni por capitales, ni por autoridad, puedo serlo real y efectivo, como el protector de Horacio.

Obedeciendo á esta manía, hoy te presento, querido lector, asido cariñosamente de la mano, al jóven mas modesto, mas tímido, pero mas bueno é inteligente, de todos con cuantos he tropezado en ese fondo de las redacciones, oscuro como tinta de imprenta ó cielo en noche sin luna, pero, como éste, tachonado, para quien sabe observarle, de estrellas luminosas, de meteoros brillantes y de radiantes soles, plantel de futuras glorias, al mismo tiempo que lugar de perdición para muchos que hubieran escrito sus nombres en el templo de los inmortales, si, convirtiendo poco á poco el arte en oficio, y en mecanismo la inspiración, no hubiesen tenido que ir á parar á los hospitales ó á los destinos, infiernos y *oasis* de muchos de mis contemporáneos.

III.

Al presentarte, querido público, al joven autor de esta narracion, (que no vas á dejar de la mano en cuanto leas la primera línea) al escribir un prólogo *espontáneo* para LA CIGARRA y hablarte de su autor D. José Ortega Munilla, no obedezco á los impulsos de una fácil entrega, á guisa de mujer liviana.

La conquista se me ha hecho en toda regla, y por sus pasos contados.

Primero supe que habia en la redaccion de LOS DEBATES un *Orteguita*.

Este *ita* me suena en todos los nombres á quienes se añade, como *tocayo* en tiempo pasado, como algo que á mí me ha pertenecido.

¡He sido yo tanto tiempo Correíta!

No hay para qué decir que el nombre pronunciado de esta manera sonó en mi oído como el primer piropo de un mozo guapo en el oído de una mujer sensible, pero virtuosa.

Un día se estrenó un drama en un teatro, no sé si de Echegaray ó de otro.

Leí LOS DEBATES, y me encontré con una de esas críticas que á mí me gustan.

—¡Hola! ¡Y cómo gustan á Vd las críticas, señor prologuista?—exclamará el lector.

Procuraré decirlo en dos palabras.

Si yo fuera turco y quisiera comprar una esclava, escogería para tomar informes á los sultanes y no á los eunucos.

Bueno; pues aplicado esto á la literatura y á las demás artes, á mí me gustan las críticas, entre cuyos severos renglones vaya envuelto ese espíritu fecundo, esa galanura de forma, ese atrevimiento de las ideas, ese entusiasmo

ó esa indignacion, que al mismo tiempo que enseñe, distraiga; que al copiar, embellezca; que al censurar, no lastime; que al herir, cure; que al pedir, dé; que al alabar no exagere; que al escudriñar, no maltrate; y que al exprimir el jugo de la obra sometida á su exámen, no la deje seca y filamentosa, como caña recién salida del *trapiche*, sinó rodeada por el barniz de la forma que la ha cobijado, engalanada con el aliento creador del que la abrigó en su entendimiento, pura, tal cual era, buena ó mala, como ramo de florera inteligente, cuyas rosas van atadas, sin ajar las hojas suaves y sin que las espinas goteen sangre.

Pues bien: un día encontré una crítica así en LOS DEBATES, y como el eco de voz de persona simpática hace volver inmediatamente el rostro al sitio de que partió el sonido, yo volví con amor mi entendimiento hácia el autor de aquellas líneas.

—¿Quién ha escrito la crítica de ayer?—pregunté al primer redactor que hallé aquel día.

—Orteguita,—se me dijo.

Esta segunda vez oí el nombre del autor, no como oye el piropo de pretendiente una mujer difícil, sinó como sí, al tomar ésta informes de su galanteador, le anunciasen que era de buena casa y que tenia dote.

La tercera vez... ¡Oh! La tercera vez fué frágil mi virtud.

Caí sobre el tercero ó cuarto (no me acuerdo) folletín de LOS DEBATES, sitio por donde comencé á leer LA CIGARRA, como debió caer Francesca de Rimini en los brazos de su amante; caí de golpe, y la cosa no era para menos.

¡Sabes dónde fué, querido lector?

En el sitio aquel de la narracion, donde *Solita* (¡qué nombre!) se queda sola, solita, en el

cuarto del padre Hernando, y con sus piececitos llagados, con sus miembros entumecidos y con sus ojos en la oscuridad abiertos, oye sonar la péndola del reloj, cree sentir pasar rozando por su frente el lábio tibio de su madre muerta, y al llegar aquí, una lágrima (já los cuarenta años!) se deslizó por mis megillas, por mis megillas, quemadas con toda clase de luces, desde la del sol, hasta la de gas y del velon, luces consumidas en leer novelas, desde las alboradas del género en Grecia y Roma, hasta la de Dickens, Karr y Valera; y al sentir aquella lágrima, juréme ser amigo de Orteguita, dar un estrecho apreteton de manos al Sr. Ortega, y hacer un prólogo para LA CIGARRA, *relacion contemporánea*, original del Sr. D. José Ortega Munilla.

Voy, pues, en breves líneas á cumplir mi palabra.

IV.

No sé si la literatura que alimenta el teatro es más ó ménos importante que la novela.

Lo que sí afirmo, á presencia de la historia, es que la novela coincide mas con la civilizacion de un país que el teatro.

Este aparece, á raíz de toda nacionalidad, desde la farsa grotesca y bucólica, hasta la comedia, pasando por la tragedia y el drama.

La novela, por el contrario, viene á ser como el premio de la civilizacion alcanzada, y respondiendo mas á la realidad y al análisis, es, con respecto al teatro, lo que el cristianismo al gentilismo, lo que la verdad á las conveniencias y á las ficciones.

Busca el teatro, para dirigirse al alma, el ca-

mino de las pasiones personificadas y de los relatos que entran por el oído.

La novela necesita en el hombre una educacion anterior, y sólo puede popularizarse por la aficion á la lectura. Necesita, además, una libertad de accion, una ubicuidad posible y una extension bastante para que en sus páginas puedan moverse el ingenio, la fecundidad, el análisis, la observacion y todas esas cualidades tan difíciles de amontonar y reunir en un espectáculo de convencion.

Así es que apenas se conocen novelas en Grecia y Roma, siendo verdaderos poemas en prosa los libros de Caballería.

La novela, la verdadera novela, no se desarrolla ni en España, ni en Italia, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania, hasta tanto que aquellos países no alcanzan un grado de civilizacion y cultura, de vigor y de confianza en sí mismos, que al dirigir la reflexion y el análisis, producen el deseo de la copia abrigantada por las perfecciones del idealismo ó admirablemente conservada por la verdad en los tipos, en los hechos, en las pasiones, ó en la caricatura.

Comenzando en el cuento y terminando en el poema, es á las imaginaciones lo que la historia á los hechos, siendo por lo mismo tan difícil como ser historiador, ser novelista.

No basta que el estilo sea galano, correcto y fácil: es preciso que sea natural, y esto de sorprender la naturaleza para convertirla en arte, sin que deje de ser verdad, explica, quizás mas que nada, la escasez de buenos novelistas en nuestra patria.

En España ha habido siglos de gloria, años de fortuna, dias de milagro; pero casi nunca,

ni en la política ni en las artes, ni en las ciencias ni en las formas, ha sido lícita, conveniente ó provechosa la verdad.

La Inquisición por un lado, y el absolutismo por otro, han pesado siempre sobre las ciencias y los derechos, llegando la literatura hasta el gongorismo, por el camino de formas ampulosas, necesaria vestimenta de hombres que llevaban su principal enemigo en su propio pensamiento.

La novela, pues, fuera de alguna de Cervantes, vive relegada á la misma fuente de inspiración en que Velazquez fué á buscar sus *borrachos*, el mismo Cervantes sus *Rinconete* y *Cortadillo*, y Le Sage, algo mas atrevido, por no ser español, su *Gil Blas de Santillana*.

Solamente en la sociedad, donde no se corria peligro de hallar un problema filosófico, canónico ó político, érales lícito copiar *del natural* á nuestros novelistas. El vocabulario, pues, de la novela española miróse rico en el lenguaje de la hampa y de los figones, de las galeras y de las almadrabas, huyendo de los salones y de la luz, de lo elevado, y por ende peligroso, hasta dar en un estilo rastrero, aunque rico, inculto, aunque abundante, y grosero, aunque fácil é inimitable.

No habia remedio. O escribir ampuloso é hinchado, si se pretendia ser culto, ó tocar hasta en la desvergüenza, si se habia de ser natural.

Claro es que nos referimos á las obras de imaginación en prosa, y de ningun modo á los otros géneros de literatura, principalmente á los místicos é históricos, en que Fray Luis de Granada y Melo, Fray Luis de Leon y Mariana, con otros muchos, alcanzaron la meta á que quizás ninguno ha llegado despues de ellos.

Hasta en las relaciones sociales fué perdiendo el castellano la naturalidad en la dición, si habia de expresar conceptos difíciles ó atrevidos, y así como en la moderna filosofía acaso faltan á los españoles algunas palabras que den exacta idea de sus raciocinios, así en la vida galante, y dentro de las costumbres cultas, córrese hoy el peligro, ó de ser arcáico y quinta esenciado por lo lírico, ó de ser demasiado pedestre y ramplon, si se aborda con naturalidad un diálogo peligroso.

No podia menos de hacerse sentir esa falta en la novela, principalmente en los diálogos, que pocos, muy pocos autores modernos manejan con naturalidad, cayendo en lo *cursi*, por no ser ramplones, ó en lo arcáico y remilgado, en lo anti-natural y en lo inverosímil, por huir de lo grosero.

Manejar, pues, el diálogo es la principal condicion del novelista, despues de haber combinado con imaginación, originalidad, tersura y felicidad en el desenlace, un buen argumento.

Ahora bien; esta condicion inapreciable surge natural y espontánea del libro del señor Ortega.

No son menos notables las descripciones de sus tipos, de sus fantasias ó de los lugares y ocasiones en que los personajes actúan.

Dickens, ese rey de los detalles, de la verdad y del sentimiento, debe haber sido el modelo del Sr. Ortega, y ya se deja conocer lo aventajado del discípulo en la descripción que hace de Madrid en esas horas del crepúsculo vespertino, tan animadas y bulliciosas, y que son el desenlace del dia y la última protesta de las vertiginosas multitudes contra el silencio y las sombras de la noche

En cuanto al argumento, es una de las pruebas mayores de lo simpático y ameno, de lo tierno y encantador del estilo narrativo del señor Ortega.

La idea es vulgar: una niña abandonada por su madre, y cuya muerte forma el castigo de ésta.

Esto es todo; pero esto es nada.

Por consiguiente, hemos llegado al punto en que se hace preciso leer la obra para enterarse del contenido.

¿Cuanto va, querido público, á que despues de leer LA CIGARRA, y de parecerte pocos mis elogios, exclamas como yo:

El dia en que éste principiante ponga su estilo, su ternura, su gracia, su naturalidad y su sinceridad de escritor fluido y ameno, á servicio de una idea madre, desarrollada en un argumento importante, será uno de nuestros primeros novelistas.

Pues ¿sabes, querido público, lo primero que el Sr. Ortega ha de encontrar antes que esa idea madre y ese argumento *capital*?...

Pues te lo diré muy claro.

Eso que, no sé por qué, en sociedad se llaman *medios*, en culinaria, *principios*, y en economía, *metálico*.

Agota, pues, esta edicion, y para que la primera novela del Sr. Ortega sea perfecta, te prometo que no habrá prólogo de tu antiguo amigo y servidor,

R. RODRIGUEZ CORREA.

Febrero 28, 1879.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LOPEZ

en testimonio de cariñosa amistad,

J. O. M.